



Las Palmas de Gran Canaria

Quien contemple a vista de pájaro el actual conjunto urbano de Las Palmas de Gran Canaria difícilmente podrá sospechar que hasta hace menos de un siglo este emplazamiento era un paradisiaco conjunto natural de dunas de arena, besadas por el mar, que unía a la Isleta con la isla madre. Desde la vieja puerta de Triana hasta la bahía de la Luz los arenales marinos componían un paisaje único en el archipiélago, lamentablemente perdido. En uno de sus extremos se alzaba la vieja ciudad, la villa de los siglos XV y XVI, con su catedral, ayuntamiento, edificios religiosos y casas coloniales. En el otro, bajo la Isleta, se iniciaba la construcción de un puerto que, inmediatamente, proporcionó un gran impulso económico y mercantil a la urbe. Entre ambos focos (el tradicional de Vegueta-Triana y el nuevo del Puerto de la Luz) se fue desarrollando un proceso urbanizador que generó una auténtica ciudad lineal, es decir, lo que fue la conformación urbana de Las Palmas de Gran Canaria en la primera mitad de nuestro siglo.

Las Palmas de Gran Canaria es una villa que nació en los años anteriores al descubrimiento de América. Su sino de ciudad marítima estuvo, así, marcado en sus primeros tiempos por el gran acontecimiento histórico. En tres de sus cuatro viajes a América, Cristóbal Colón hizo escala en Gran Canaria e, incluso, en su último periplo remitió desde Las Palmas una carta que es —además del *Diario* de sus viajes— el único documento que testimonia su estancia en Canarias.

Fue Las Palmas de Gran Canaria la primera ciudad real de Castilla en el archipiélago. Ello explica que aquí se establecieran los principales organismos administrativos y religiosos, los cuales, por otro lado, marcaron la tónica icnográfica de la villa en sus primeros siglos de vida. La catedral, por ejemplo, se impone a todo el conjunto arquitectónico de Vegueta, afirmando la preeminencia del gótico atlántico de su interior y, más tarde, del neoclásico ecléctico de su fachada y respaldo. La sede renacentista del Cabildo y Audiencia de Canarias fue un contrapunto en el otro extremo de la hermosa Plaza de Santa Ana, la plaza mayor de traza colonial que es el centro del sector histórico de Vegueta, conjunto histórico-artístico nacional. Junto a ellos se levantaron iglesias y conventos, y las casas coloniales —de patio interior y dos plantas— presididas en sus fachadas por severas portadas de sillería y artísticos balcones de pinotea.

En aquellas primeras centurias la tranquilidad y el estatismo de la sólo eran alterados intensamente cuando las grandes armadas europeas eran avistadas desde la Montaña del Vigía. La ciudad se aprestaba entonces a defenderse con bravura, tal como lo hiciera en 1595 frente a los intentos de invasión de la flota inglesa mandada por dos grandes marinos, Drake y Hawkins. Cuatro años después, Las Palmas de Gran Canaria vivió uno de sus episodios de más intensa heroicidad, cuando se produjo el ataque de una gran armada ho-



estampa de una ciudad atlántica

landesa con más de ochenta barcos de guerra, mandada por el general Van der Does. El mar, siempre el mar, estaba y está en la historia de esta villa, que también fue centro de las pesquerías tradicionales en el banco canario-sahariano y, por otro lado, punto de embarque de tantos y tantos isleños que cruzaron el Atlántico para vivir la aventura americana.

En la segunda mitad del siglo XIX, la vieja ciudad hermosea sus plazas y monumentos. Se erigen esculturas conmemorativas al gran poeta Bartolomé Cairasco y al gran almirante Cristóbal Colón. Después a don Benito Pérez Galdós —hijo de la villa— a algunos patricios locales. En ese tiempo se fundó el Museo Canario, santuario de la prehistoria insular, que exhibe colecciones antropológicas y arqueológicas de Canarias de notable interés y valor. A este se sumaron en el siglo actual el Museo del pintor Néstor, artista que formuló una mitología atlántica, y el Museo de Colón.

También desde las postrimerías del siglo pasado el Puerto de la Luz concentra en sus aguas innumerables buques de mil banderas. Al abrigo de la libertad de comercio y de su privilegiada situación, este puerto de Las Palmas nació como un emporio de riqueza. Con su movimiento de buques y su tráfico mercantil, sus depósitos comerciales, sus industrias portuarias, el Puerto de la Luz abrió un capítulo importantísimo de la historia de Las Palmas de Gran Canaria. Sin el

puerto, la ciudad de Las Palmas del siglo XX habría sido otra muy diferente. En la actualidad, es un puerto muy importante, en el que recalcan anualmente decenas de miles de buques de todas las nacionalidades, que atracan en los amplios muelles y diques que integran su gran recinto. El Puerto de la Luz es todo un mundo abigarrado y heterogéneo que sigue dinamizando la vida de la ciudad.

Junto a ello, esta urbe de cuatrocientos mil habitantes, es además una ciudad turística, dotada de magníficos hoteles y de lugares de ocio concentrados junto a la playa de las Canteras, el resto de aquel perdido paraíso de la naturaleza que hoy es hermoso lugar de esparcimiento a nativos y visitantes. Si añadimos el carácter tradicionalmente comercial de esta urbe plena de dinamismo habremos trazado la estampa de una ciudad en la que, por lo demás, el cemento abusivo y el persistente tráfico de vehículos ponen la nota negativa de la urbe de los finales del siglo XX.

En este marco, debemos subrayar finalmente la extraordinaria vitalidad que ha demostrado Las Palmas de Gran Canaria a lo largo de su historia, que se nos muestra hoy en esta ciudad viva, floreciente, rebotante de actividad durante el día y de fiesta y alegría en sus noches de esta villa que es un punto de encuentro, una escala insoslayable —como lo fuera desde hace cinco siglos— en las rutas de Europa, África y América.